



MARÍA ZAMBRANO

Descifrar la vida entre
los sueños y el tiempo

DANIELA LONDOÑO CIRO

Muchos seguramente han oído el nombre de María Zambrano alguna vez; quizá la han encontrado citada en algún libro. Habrán escuchado que fue una pensadora malagueña, discípula de Ortega y Gasset, exilada en diferentes lugares de Europa y América desde su juventud por cuenta del franquismo. A lo mejor no se la ha leído mucho, ni siquiera entre los hispanohablantes, ya que su pensamiento no constituyó nunca una moda ni se inscribió en ninguna corriente dominante de la filosofía occidental. En el contexto del pensamiento español del siglo xx, recibió en cierto momento acusaciones ligeras de irracionalismo, como eco de las críticas hechas a Ortega, pero sobre todo representó la continuidad de una rica tradición ensayística y poética que se había cristalizado en la llamada Generación del 98: Unamuno, Azorín, Antonio Machado, por mencionar algunos. Sin entrar en análisis puntillosos, es posible situar su pensamiento en el cauce de las críticas al racionalismo y al idealismo de la tradición filosófica occidental, que ha descuidado las pasiones, la poesía, la *encarnación* en su edificio de conocimiento. En *Filosofía y poesía* (2013) ella recuerda la expulsión que Platón hiciera de los poetas de su República ideal, pero asimismo hace ver la ironía de que, cada tanto, en sus diálogos, acudiera a la invención poética y al mito para “redondear” ideas o argumentos.

Considerando esta ambigüedad que siempre ha minado la soberbia de la filosofía, Nietzsche y Heidegger, y su crítica a la metafísica occidental, son sin duda dos de los grandes referentes de María Zambrano. Solo que las derivas de la pensadora española distan de las de los filósofos alemanes; tienen visos religiosos, místicos, difíciles de aprehender por momentos, y acaso, a la

larga, demandan más empatía que análisis lógico. Tal vez por eso el camino menos propicio —por trabajoso y árido— para acercarse a Zambrano sea el del especialismo, el de la síntesis esquemática de ideas, el de las minucias conceptuales y demás. ¿Sirve esto de excusa ante los filósofos serios? Los que somos de la especie de los lectores ociosos a menudo escogemos, a partir de epifanías, a nuestros pensadores. A varios debe haber sucedido que al leer por primera vez algunas líneas de Zambrano (las que el azar puso ante sus ojos) se sintieron arropados por su sutileza reveladora. Y entonces, aunque debemos admitir que sin intereses doctos no es posible ser cabal en la exposición de su pensamiento, esto no es óbice para participar de su irradiación, de su *gracia*, en el pleno sentido de “hallazgo venturoso” (2013: 19).

Una razón que se amplía, creadora, poética

No es caprichoso evitar los enunciados concluyentes sobre el pensamiento de María Zambrano, puesto que su escritura, más que fijación de sentido, sistema o teoría, es un discurrir que amplía el sentir de los fenómenos sobre los que ella reflexiona. Ampliar el sentir indica que su palabra es creadora de realidad, que al indagar en torno a las cosas del mundo nos las dona en su novedad, con un aura de lo original que solo logra el decir poético. En este poetizar se insinúa un trasfondo denso ya mencionado, que es el de la crítica al idealismo, que se distancia de la realidad en busca del saber absoluto y que esquematiza la relación entre el sujeto pensante y el objeto pensado para evitar cualquier imbricación de sus naturalezas disímiles. Esta crítica también lo es de la “utilitaria razón”, “la razón sin dioses”, que es apática,

Cuando Zambrano habla de conocimiento, no se refiere a formas “imperativas” de nuestra racionalidad y de nuestra voluntad, sino a una suerte de inducción sigilosa sobre los fenómenos.

que no *padecer* aquello que se apresta a conocer, que no nace de las entrañas, que no pasa por “la vida de los sentidos” (2004: 139). Igualmente contradice la idea de que la percepción de los fenómenos pueda fijarse en un tiempo presente, inmune a la perturbación que traen las experiencias de otros tiempos: recuerdos o esperanzas, por resumir de algún modo la influencia del pasado y del futuro en nuestro pensamiento.

La razón poética que propone María Zambrano apuesta por un filosofar para el que no es posible desasirse de la poesía, una razón que encarna un anhelo de verdad y una búsqueda, pero sin pretensiones de encumbrarse sobre la realidad huidiza; una razón que es vulnerable al acontecimiento, a la intuición; que no le teme a la contingencia, que es una “disposición feliz que consiste en saber recibir y aceptar el don de la realidad, el ilimitado don que la realidad regala a quien la acepta” (2004: 120).

De ahí que cuando Zambrano habla de conocimiento, no se refiere a formas “imperativas” de nuestra racionalidad y de nuestra voluntad, sino a una suerte de inducción sigilosa sobre los fenómenos. A veces propone un método indiciario que conjuga el seguimiento de fragmentos de realidad con la “intuición de unidad” (2004: 118), y otras, por ejemplo cuando trata de elucidar la naturaleza de los sueños y el tiempo, propone un “descifrar”, un “dejar ver, dejar aparecer” (2006: 19).

Y esta razón de la que hablamos encuentra su lugar entre luces y sombras. Luces, las que ella abre, su resplandor de sentido. Sombras, las inevitables de la naturaleza humana, que tiende a la ocultación y que jamás se revela por completo. Tal razón no se obstina en ponerse a salvo de las sombras o en franquearlas, como los hombres de la caverna platónica, sino que aprovecha los restos de luz y

se desliza gozosa entre ellos, atenta y permeable. Una razón —insistimos— que no le teme a las sombras, sino que, en medio de ellas, “descifra”, atisba lo enigmático del ser y del mundo.

Por eso no sorprende que la investigación sobre los sueños animara toda la vida intelectual de María Zambrano (concretada en la publicación póstuma, en 1992, de *Los sueños y el tiempo*), dado que en ella se aprestaba justamente al conocimiento de una realidad en sombras sumergida, la cual, por su “contextura metafísica”, le exigía reflexionar de un modo inusual, con un “método” diferente al impuesto por la luz de la conciencia.

Vigilia: “La vida que está en marcha y no espera”

Estar despiertos, seguir el hilo de los acontecimientos que nos conciernen, construirnos un mundo que llamamos propio con amagos de sentido, suponer que las cosas tienen un curso, que hay un tiempo sucesivo en el cual se forma nuestra identidad. La vigilia. La exigencia de ser que nos impele, no por nuestra voluntad prístina, sino por el estar ahí, en el tiempo y en el mundo, con otros, gracias a otros. La vigilia, igualmente. El espacio-tiempo de un “yo” al que pertenecemos o nos pertenece, un “yo” que es un vértice de lados incontables, que es enunciación de alguien que “comparece”, que se presenta “ante los demás, ante sí mismo” (2006: 37). Habla Zambrano de una tensión consustancial a la vigilia; como mínimo la del *incorporarse*, mas luego la de tener conciencia, la de hacer algo, la de forjar historias, quién sabe. Y también la de asumir la precariedad de ese “yo”, sujeto como está a lo efímero y a la trascendencia.

Lo efímero, cuántas cosas que son apenas nada en nuestra vida. Un parpadeo. El batirse de las ramas de los árboles con una oleada de viento. Un suspiro. Un gesto amargo o una sonrisa. Una palabra que no logramos recordar en el momento preciso. De pronto un amor, una complicidad fugaz. Y tantos otros fenómenos que transcurren sin que apenas los notemos, como cuando vamos en un carro y miramos el paisaje sin retener nada, sin oportunidad casi de volver la mirada o haciéndolo en vano. Aquello que no pesa, que no se aloja en la conciencia reclamando su significado y su lugar en nuestra historia.

En otro sentido, lo trascendente, nuestra condición de ser “núcleo viviente que va más allá de donde está, que tiende a ser más allá de lo que es, que se sobrepasa” (2006: 22); el hecho de que seamos un porvenir incalculable, un cúmulo de posibilidades por ensayar. Y además la extraña sensación de que parte de la realidad que presenciamos nos deja en vilo mientras se escurre a un territorio innostrado de nuestro ser, de modo semejante a como retroceden las olas en el mar, que, luego de golpear la arena con espumosa gracia, tanto arrastran a una profundidad inexplorada.

Así como innumerables vivencias no logran imprimirse en nuestra historia, muchas otras alcanzan una realidad que “ensancha” nuestro presente e incluso que van más allá de él, se abisman en las significaciones y demás azares, florecen como promesas o se transforman en un pasado insondable. El “desbordarse” de la vida, en últimas: que esta no pueda constreñirse al presente de la consciencia. Parece obvio decirlo, pero es justo esta limitación del “yo” la que nos descubre espesuras o sombras ignoradas habitualmente por la filosofía y que son aliciente para la pensadora española.

Por lo pronto, mientras obra la conciencia, cabe entenderla como una suerte de alumbramiento que torna algunas vivencias en formas del ser, que da visos de permanencia a lo pasajero, que es un crisol de nuevos planos de realidad. Aunque se suele ver la conciencia como una facultad simple, sujeta a las percepciones más inmediatas y objetivas, a la razón inapelable, María Zambrano advierte sobre su naturaleza creadora, la cual concierne al sentir antes que al razonar, a la atención que salva algo —fragmentos, trozos de realidad— del fluir incesante del tiempo, que expande el tiempo de las cosas para vivirlas prolongadamente, para dejarlas aparecer y afectar nuestros sentidos; la *encarnación* más que la objetivación de los fenómenos, esto es, la fijación de su memoria en el ser antes que un conocimiento abstracto del mundo.

Con todo, la mayoría de las vivencias posibles se hundeen, se sumergen “en las oscuras cavernas del sentido”, “bajo el tiempo” (2006: 86). Una masa grávida de vivencias que no se hilaron en el curso de los días, que no alcanzaron realidad,



pero que van conformando un fondo, un *pozo* del ser, que se deslizan en la *duración* —“sombra del tiempo” (2006: 73)—, debajo de todas las circunstancias: la materia de los sueños en la que flotamos y que nos sostiene.

Sueños: “El oscuro fondo que forma la continuidad del vivir”

Los sueños nos han inquietado desde siempre. Por rutinario que sea el acto diario de ir a la cama y sumirnos en el dormir, “con la suplicante sombra de las pestañas / en la mejilla”, como expresa Wislawa Szymborska, y por igualmente acostumbrado que sea el despertar cada día en la lógica del tiempo sucesivo, surgen interrogantes como qué somos, qué sucede con nosotros cuando nos ausentamos de la realidad y de la luz, en qué consiste la ocultación de nuestro ser que acaece con el sueño. En *La poética de la ensoñación* Bachelard (2014) nos ofrece su visión del filosofar en torno a los sueños:

El filósofo que le otorga un lugar a los sueños en la “reflexión filosófica” conoce [...] un *cogito* que sale de la sombra, que conserva una franja de sombra, que es quizás el *cogito* de una “sombra”. Ese *cogito* no se transforma de inmediato en certeza, como el *cogito* de los profesores. Su luz es un resplandor que desconoce su origen. En él la existencia no está nunca bien afirmada. En primer lugar, ¿por

qué existir ya que se sueña? ¿Dónde comienza la vida, en la vida que no sueña o en la vida que sueña? (192)

María Zambrano se distancia de la superstición, en tanto fe en mensajes recónditos que puedan deducirse con claves interpretativas; asimismo, se aleja de la perspectiva psicológica que encuentra en los sueños un “material” para dilucidar la psiquis. Su apuesta es de talante filosófico y poético: se propone hacer una “fenomenología del sujeto privado de tiempo”, esto es, del sujeto inmerso en los sueños; no obstante, comprende que la *epojé* de la que hablara Husserl al tratar de los fenómenos corrientes no aplica para los oníricos, pues estos vienen ya de una realidad *suspendida*, de un *hueco* en la realidad al que es preciso asomarse con una luz sutil, ajena a teorizaciones previas y de la forma “menos imperativa posible”, esto es, sin el mandato de la explicación y más bien con el delicado anhelo del desciframiento (2006: 19). De esta manera, ella incursiona en el terreno enigmático en el que se funda y se abisma la vida humana y desglosa imágenes en las que se condensa el carácter metafísico de nuestra existencia. Así, la imagen de advenir a la vida como un despertar tal vez descubre una verdad del origen: “no existiría el soñar si la vida no fuera inicialmente sueño” (2006: 62). Y sucede, entonces, que quizá toquemos la aurora de nuestra vida al caer en los sueños, y puede que allí se manifieste sutilmente, cada vez, el instante incognoscible del nacimiento propio: “al entrar a diario en el estado de sueño el hombre roza el abismo de su nacimiento” (2006: 66).

¿No se halla en ese lugar sin geografía del nacimiento el resto de lo no-nacido: seres, historias, ideas? Tanto lo que se apresta a la gracia del despertar, como lo que es *siempre* o *jamás*, asomos de la eternidad o de la muerte colindante y compenetrada con la vida, ¿todo eso no abarca el abismarse de los sueños? Escribe Zambrano: “Los sueños son el dintel entre vida y muerte, participan de las dos, muestran la unidad de las dos, son el canto de la medalla, el bisel de la lámina, el corte de la madera, el espesor del tejido. Los sueños son transversales” (2006: 157). Seguramente por eso han existido fantasías centradas en el miedo que suscita no regresar, no salir del sueño. Algo sucede en lo que llamamos nuestro interior, un viaje que conlleva el riesgo de lo último, de lo irreversible,

de la desposesión absoluta a la que tememos como seres de la vigilia. En el insomnio se atisba una manifestación de ese temor. En cambio, cuando alguien se entrega plácidamente al dormir muestra una cierta confianza en el despertar consiguiente, en la continuidad de la vida más allá del irreductible paréntesis del sueño.

Zambrano entiende el sueño como “una derrota cotidiana” (2006: 61). El ser humano “cae”, es expulsado por un lapso de tiempo del edificio de su identidad; bajo las sombras presencia sus ruinas, la dispersión de sus atributos, la discontinuidad de sus visiones, la anarquía de sus vivencias. La “tensión de ser” de la que habla la pensadora española para definir el tiempo de la vigilia se relaja por completo cuando, “bajo el sueño”, discurren sin jerarquía ni concierto los fragmentos del yo, o los varios yoes que caben en el *uno* de la vigilia. Y esto resulta revelador de la humana condición que no puede limitarse a la identidad, que se desborda y se abisma, que es ocultación del ser, de aquello del ser que no ingresa a la continuidad del vivir y que, no obstante, la acecha.

Sin necesidad de ir tan profundo, basta pensar en los ensueños, ese íntimo vagabundeo que nos permitimos a veces durante la vigilia: cuando nos escapamos de pronto de alguna rutinaria acción y vamos a un pasado distante o nos regodeamos con alguna ilusión. Flotamos en la tibia superficie de la inconsciencia que no reclama ninguna acción inmediata y anhelamos que se prolongue ese momento de ausencia, que es casi una rebelión frente a las obligaciones y la sensatez diarias. Asimismo, cuando nos aburrirnos profundamente y no podemos responder a ningún estímulo ni dar cuenta de *dónde* estamos, posiblemente lo que sucede es que se asoma a nuestra vida la hondura de los sueños, de la cual no logramos desasirnos por completo aun despiertos.

De la apertura de los tiempos a la atemporalidad

Lo dicho hasta ahora toca con algo fundamental de nuestra humanidad, a saber: que seamos seres en el tiempo, que hayamos despertado en el “lugar de todo suceso” que es el tiempo (2006: 34). Solo que no pensamos en ello a menudo porque suponemos que basta con los relojes y los horarios que nos impone la vida cotidiana. Olvidamos el

vacío que hay entre el antes y el ahora; subestimamos el papel de la consciencia de hacernos ver continuidad en lo que, en verdad, es discontinuo; desdeñamos la incógnita que guarda nuestro presente mientras nos sujetamos a la idea de que el tiempo se va y ya, se pierde, vuela. Pese a haber un curso irreversible del tiempo, a lo mejor este sea un hecho feliz —y no un castigo—, “la liberación del estar siéndose sin más” (2004: 622), la gratuidad del fluir que no nos atormenta. Y se adivinan otras temporalidades, otras formas del tiempo que superan la idea de linealidad que nos hacemos de él. Esto lo han reconocido quizá con más ahínco los poetas que los filósofos, pues aquellos, en su azarosa búsqueda de la verdad, constatan cada vez que el sentir y el pensar se dan en una suerte de transversalidad temporal cuyo umbral son los baches de la continuidad que percibimos superficialmente.

Por supuesto, los sueños y su manifestación cotidiana en el dormir son el gran ejemplo de la continuidad que se trunca cada día, y permiten definir plenamente al ser como aquel “que padece su propia ocultación” (2006: 48). En vez del ser pensante y, en consecuencia, existente, que aplica la duda a los fenómenos del mundo para escalar en el conocimiento de lo verdadero, Zambrano —sustentada en la discontinuidad y la ocultación características del tiempo, de los seres en el tiempo— llama la atención sobre el ser que *padece*, esto es, el ser que es sujeto de la vida y del tiempo, que no se pertenece o solo muy provisionalmente. En consecuencia, un ser que no puede pensar de forma terminante ni aun dudar del mundo fundado en la certeza de su existencia.

Y este pensar en la incertidumbre es un efecto indirecto del tiempo en tanto apertura de nuevas realidades, de aquellas que la consciencia rescata de manera duradera e incluso de las que permanecen en ciernes; pero, a la vez, porque el tiempo es un fluir que no nos pertenece, al que nos vemos abocados, abismados, y que solo de tanto en tanto parece aquietarse, cuando una experiencia se transparenta en nuestro sentir, por ejemplo, o cuando la angustia o el dolor nos extrañan por completo del transcurrir de la vida. En otro sentido, lanzados como estamos inevitablemente hacia el futuro, el tiempo es “una apertura que trae esperanza” (2016: 302) y que nos

hace ver un horizonte al que jamás arribamos, un momento irrealizado, tal vez de irrealidad... por el halo divino que comporta al ser inalcanzable. Así nos lo muestra Zambrano.

En el espacio de los sueños, lo que interesa más acuciosamente a la pensadora española es la privación del tiempo que acontece, el hundimiento bajo el ser sin tiempo que los sueños implican. Hemos advertido que esta es una cuestión metafísica (que frisa con la experiencia mística en el pensar zambrano), pero no por eso inabordable por parte de los legos. La duración, el “lecho” del tiempo, y más hondo aun, la atemporalidad, albergan los sueños y todo lo que se escapa de la consciencia. Puede ser “la nada” que “hace nacer” y que ha circundado la existencia desde siempre, a la que Zambrano reconoce como “la última aparición de lo sagrado”, “pura palpitación en las tinieblas”, “sombra de la vida”, “la ausencia de un alguien”, “hueco sin límites” (2016: 174-188).

Si la nada es irrepresentable, la atemporalidad es inmensurable, es “todos los tiempos de la vida vaciados en la muerte” (2006: 157); un fondo oscuro e ilimitado en el que la vida y el conocimiento se enraízan; una oscuridad que es morada del no-ser, de lo que ya no es, de lo que no será; la muerte como sustancia liminar de la vida y del ser, mar de eternidad subyacente, espacio propicio para la religión, mas también para el pensar poético que roza con el más allá en el que se vislumbra el todo que contiene lo real y lo irreal: ¿Tal vez Dios? ■

Daniela Londoño Ciro (Colombia)

Historiadora y magíster en Hermenéutica Literaria. Editora en la Editorial Universidad de Antioquia.

Referencias bibliográficas

- Bachelard, Gaston (2014). *La poética de la ensoñación*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Zambrano, María (2004). *La razón en la sombra. Antología crítica*. Edición de Jesús Moreno Sanz. Madrid: Siruela.
- (2006). *Los sueños y el tiempo*. Madrid: Siruela.
- (2013). *Filosofía y poesía*. México: Fondo de Cultura Económica.
- (2016). *El hombre y lo divino*. México: Fondo de Cultura Económica.